

CUENTO

SEMANAL

5 MAIDITAS
POR

IDEAS....!
MANUEL LINARES
RIVAS

Ayuntamiento de Madrid

Ilustraciones de Agustín

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-24 de Noviembre de 1911.-NUM. 256

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre,
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGUEDADES, MAQUINAS DE ESCRIBIR
Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO-
:: :: :: PETAS Y BICICLETAS :: :: ::

AL TODO DE OCASIÓN

Fuencarral, 45

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifes-
taciones de tan general y molesta enfermedad. Su
éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor
por intenso que sea, y con muy pocas más desapare-
ce. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.
Pesetas, 11. CO el frasco

PEREZ MARTIN Y COMPANIA
Alcalá, 9, Madrid

IDEAL BOUQUET

Perfumeria bien surtida.--3, Principe, 3, Madrid

DEPILATORIO "IDEAL BOUQUET"

Completamente inofensivo y sin olor. Precio, 6 pesetas

POLVOS "FÉMINA"

Especiales para cutis delicados. Perfume delicioso

Precio: 2,50 y 4 pesetas caja

Ultimas novedades en perfumeria nacional y extranjera

Especialidad en la fabricación de

AGUAS DE COLONIA

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS, DE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: :: CAPELLANES, 12 :: :: Precio fijo



NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

LA VOZ DEL CIELO

POR JOAQUÍN BELDA

Ayuntamiento de Madrid

LAS MALDITAS IDEAS

I

El hogar de Sócrates

El señor Vicente García Rodríguez y Más Rodríguez era un carpintero bueno, lo que no es lo mismo que un buen carpintero, aunque lo parezca. Madrileño neto, nacido en las Peñuelas y educado en cualquier sitio, menos en la escuela. Físicamente era un hombre pequeño, rechoncho, respirando salud por todos los poros, y que se asemejaba á cualquier señor gordo, salvo en el detalle de un lunar de pelo en la mejilla izquierda y que constituía uno de los más legítimos orgullos de su propietario. En los ratos de expansión y de intimidad el mismo señor Vicente reconocía que aquel lunar era un incitante para el bello sexo...

El genio, sin llegar á ser inaguantable, era un poquito achampanado, con mucha espuma. Trabajaba gruñendo y dormía roncando.

La edad, según confesaba el propio interesado, *más de cuarenta*; y de ese más no había quien le sacara lo menos.

Utilizando la propia y galante confesión que empleaba habitualmente, se había malogrado muy joven con la señora Antonia, que en la actualidad es una mujer metidita en carnes, como lo aconseja la ciencia; limpia y aseada, como lo aconseja la higiene; honesta y dispuesta para los menesteres de la casa, como lo manda la moral, y alegre y contenta siempre, como lo mandan los más elementales prolegómenos de filosofía casera.

La causa de aquel prematuro malograrse fué que la Antonia, entonces una ribeteadora flacucha y burlona, se permitió ponerse moños cuando Vicente le dijo unos requiebros muy bien dichos un día de bailoteo en la Bombilla para celebrar el santo de la maestra de Antonia. Y no faltó un amigo oficioso que fuera con el cuento.

—Oye, tú, la Antonia ha dicho que sí, que antipático no eres, pero que á ella no la llena un hombre con lunar...

—¿Que no la llena...?

Y para demostrarla que sí, tomó el juego por lo serio. La otra, que era muy viva, le conoció el flaco inmediatamente.

—¡Aparte usted, hombre! ¡Yo no soy novia de una muestra de peluquería!

El lunar y el amor propio de Vicente se pusieron de punta.

—¡Que usted ha de ser mi novia!

Y lo fueron. Y el lunar se puso, con la satisfacción y la brillantina, que daba gozo mirarlo...

—Y ahora hay que casarse...

—Yo no me caso si no te afeitas.

—¡Que te casas, Antonia!

—¡Que no me caso, Vicente!

Y la víspera de la boda aún le decía:

—¡No te presentes mañana en la iglesia con esos pelos, que no me caso!

Pero el hombre, ¡terne que terne y dale á la brillantina! Y el lunar, tieso que tieso, desafiando á todo el mujerío, y en especial á aquella flacucha que se rebelaba contra tan visible seducción.

¡Y se casaron! Y como el lunar no le cogía de buen lado al arrodillarse para recibir las bendiciones, cuando el cura le preguntó á ella:

—¿Quiere usted por esposo á Vicente García Rodríguez y Más Rodríguez?

Vicente tuvo un arranque épico, y para mostrar bien el triunfo del hombre sobre la mujer, volvió la cara cuanto pudo, enseñándole, eruido y fiero, el amenazador lunar...

Y luego, los novios y los convidados, en dos ómnibus con las mulas cascabeleras, á los Viveros, y allí almuerzo y merienda y baile y broma, y regreso bullicioso, escandalizando las calles con los cantos y los gritos y las risas estrepitosas.

Cuando quedaron solos los recién casados en una habitación muy mona y muy blanca de un cuarto tercero con vistas á la mar..., ¡á la mar de cosas...! Chimeneas, tejados, guardillas, ropas colgadas y gatos en busca de gatas... Cuando quedaron solos, Antonia se dejó abrazar, y en la emoción de aquel abrazo, que no era el primero, y que lo parecía por lo que se encabritaron los nervios al sentirlo, le dijo amorosa:

—Ay, Vicentico, ¿no sabes lo que más me gusta de ti...?

—¿Qué, Antoñita mía?

—¡El lunar, Vicentico, el lunar!

—¡Ay, ladrona!

Y así se malogró el señor Vicente en el lazo conyugal con una flacucha ribeteadora...

De aquellas dos columnas de este susodicho lazo, y del primer convencimiento que tuvo

la Antonia de que el lunar le gustaba, nació la María, una criatura monísima, rubia como la madre, gordezuela como el padre, y heredera legítima de un lunarcito en el mismísimo carrillete izquierdo, que iba á quitar el sentido á los hombres cuando el capullo fuera flor.

El trabajo no iba mal, la salud de todos marchaba bien, disgustos no había por qué tenerlos, y la vida se deslizaba apacible y serena entre aquellas tres personas, cuando al diablo...

II

De cómo el diablo y el señor Vicente se acordaron de Sócrates

...Cuando al diablo se le ocurrió pasearse de bracero con Vicente en una tarde que llovía á cántaros.

Iba el mismísimo Lucifer en persona de visita á casa de un canónigo, que andaba en tratos para tomar un ama de cincuenta años, con objeto de aconsejarle que tomara dos de á veinticinco, que es la misma cuenta, aunque más agradable de contar, cuando de manos á boca se tropezó con Vicente, que salía del taller de ebanistería en donde trabajaba como oficial mayor.

Mirarlo, ver el lunar, y comprender que era materia abonada para grandes tonterías el hombre que se recreaba en las pequeñas, fué cosa más rápida que una exhalación. Se cogió, invisible, de su brazo, dejando para más tarde la tentación del canónigo, y con ese acento peculiar de los señores demonios, que no resuena en los oídos y se escucha claramente en lo más sutil del cerebro, le dijo:

—¿A dónde vas con esta lluvia, tonto? ¿A tu casa...? Llegarás como una sopa, exponiéndote á un enfriamiento, á que tal vez no puedas trabajar mañana y á causar un perjuicio á tu mujercita y á tu hija por la bobada de ganar unos minutos, mientras que si te detienes en tanto dura la fuerza del agua, irás luego tranquilamente y sin riesgo para tu salud. Ven un momento...

Vicente, que no entendía de diablos ni de sugerencias, creyendo siempre que las ideas eran suyas por el solo hecho de que le rezumaran en la imaginación y sin pararse á discutir de dónde le llegaban, diputó aquella como una de las más excelentes y dejóse llevar en la firme persuasión de que iba á donde él quería y no á donde lo empujaban.

A pocos metros de allí había una taberna, aguada y dirigida por un compañero, y á ella se encaminaron.

Entre las muchas palabras que la vida moderna, febril é inquieta, ha cambiado de significación en el idioma castellano, una de las que más radicalmente sufrió el cambio es la de compañero. Antes indicaba hermandad de gustos, de carrera ó de profesión: ahora, compañero, por antonomasia, es el que dirige y gobierna

á los que ejercen un oficio, sin necesidad siquiera de que él lo ejerza también. Indudablemente es un adelanto: el que yo no lo comprenda, nada supone en contra de que lo sea.

En la taberna se consumía el vino y el tiem-



po. Había una salita destinada á los preferidos, á los apóstoles, y en ella se predicaba indistintamente el comunismo, el socialismo y el anarquismo. De los oyentes, cada día más numerosos, unos, los menos, comprendían el alcance de las nuevas doctrinas; otros, los más, comprendían sólo que estarían mejor *ando viniera aquello*, extrayendo del fárrago de palabras y declamaciones la sustancia de un porvenir con mucho dinero y poco trabajo. Y entre los llamados apóstoles, unos, los menos, iban de buena fe y hablaban con la verdad de sus creencias; y otros, los más, iban persiguiendo un balancín para encumbrarse en lo futuro y desde luego la holganza en el presente.

A esta salita condujo el diablo á Vicente, y cuando, después de unos remilgos para entrar y de unos apocamientos para quedarse, lo vió que escuchaba embozado, siguiendo ávidamente el discurso del compañero orador que pro-

metía la felicidad terrestre á los iniciados en su programa de la desorganización social, para organizarla de nuevo á su capricho, lo dejó allí seguro de que la semilla germinaría, y fué escapado al negocio del canónigo y las amas.

El señor Vicente, retenido al principio por la curiosidad de aquellas fogosidades oratorias, dióse á pensar en lo cómodo que sería una existencia regalada y en lo injusto que era el que otros pudiesen divertirse á todas horas, mientras que él, Vicente García Rodríguez y Más Rodríguez, estaba como una bestia de carga dando vueltas al torno. De reconocer esta injusticia, á proclamar que lo justo consistía en que el torno lo manejara otro y él se divirtiera, apenas mediaba un paso, y ese paso lo dió Vicente muy gustoso afiliándose, con la exagerada convicción de los catecúmenos, á la propaganda de las ideas socialistas.

Desde aquel día ya no dejó ninguno sin asistir al cenáculo, distinguiéndose pronto por sus medidas extremas. Quería que viniera inmediatamente la revolución social, y acusaba á todos de ineptos y de cobardes porque no se lanzaban á plantearla al final de cada discurso incendiario. Y como él era de los que predicaban con el ejemplo, adoptó la gravísima resolución de cambiarse el nombre y de cambiarlo á su mujer y á su hija.

¡Se acabó el señor Vicente! Desde ahora y para siempre, *Sócrates*. ¡Se acabó la señora Antonia! Desde ahora y para siempre, *Libertad*. ¡Y se acabó la preciosísima María! *Igualdad*.

En casa hubo risas y desesperaciones, súplicas y amenazas, pero todo fué en vano ante la terquedad del neófito, que estaba loco de entusiasmo porque en la taberna-club lo aplaudieron frenéticamente cuando expuso su trascendental resolución de socializar el calendario doméstico, sustituyendo las invocaciones cristianas por nombres de filósofos y de ideas. Antonia no significaba nada: Libertad decía mucho...

Aunque semejante trastorno familiar era deplorable como indicio y detalle de mayores desquiciamientos, al ver que las cosas no pasaban de ahí y que no se descuidaba el taller, fuente primera de toda inquietud por serlo de todo ingreso, renació algo la calma en el hogar, transigieron con la fantasía del trastrueque nominal, y al fin se acostumbraron á responder por Libertad y por Igualdad con la misma llaneza que antes contestaban oyéndose llamar Antonia y María.

Y hasta alguna vez pensaron que era indiferente un nombre ú otro con tal de que en la casa hubiera concordia y cariño...

Cuando alguno se extrañaba de aquella nomenclatura, Antonia se encogía de hombros:

—¡Ideas de mi marido...!

La hija, imitando á la madre, respondía:

—Ideas de papá, que le han salido ahora

Y el padre, el ex señor Vicente, ahora Sócrates, ó por mejor decir, el compañero Sócrates, ufano y orondo con su flamante prosapia, añadía orgullosamente:

—¡Sí, tengo ideas...! ¡Qué le vamos á hacer...!

Parecía como si tuviera granos ó neuralgias... algo natural é inevitable.

Y en una ocasión que le ridiculizaron la brillantina del lunar, considerándola incompatible con su demagogia, el compañero Sócrates acabó por indignarse y por decirles:

—Llevo brillantina, sí; ¡pero algún día llevaré dinamita!

Y la señora Antonia, compaginándolo todo, remató sentenciosamente:

—Como ustedes lo oyen; dinamita. Pero mientras, hace muy bien en usar la brillantina.

Y el señor Sócrates estimó tanto aquella fusión y enlace de sus dos más caras ilusiones, que la misma noche se trajo un banco de carpintero, prestado por el maestro, para trabajar unas horitas en casa y aumentar las comodidades y los lujos de su Libertad y de su Igualdad, aguardando que sonara el pavoroso momento de la igualdad universal.

Que todo hay que armonizarlo, á ser posible...

Y el diablo, que había concluido muy á su gusto el negocio aquel del señor canónigo, reía un poco entre dientes de las ideas del nuevo Sócrates y de los cuidados familiares del antiguo señor Vicente...

III

Las ideas en acción

Una mañana del mes de Junio, tibia y esplendorosa, Antonia y María estaban cosiendo sentadas al pie de una ventana, llena de tiestos de claveles que volvían loco con su penetrante perfume á un pobre jilguero aprisionado en una jaula, muy limpia y muy mona, pero jaula al fin.

Del otro lado de la puerta, que daba también al patio, como la ventana, en un piso bajo interior de la calle de la Arganzuela, hallábase sentado el señor Jesús, con el sombrero puesto y fumando un cigarro detestable y con apariencias de incombustible. Así es que realmente está mal dicho lo de que pensaba: tratando de pensar...

El señor Jesús, vecino de la casa, habitaba en el piso cuarto, letra B, con su cara costilla, buena mujer, pero un poquito inclinada á los licores, lo que proporcionaba á su persona otro poquito de inclinación al caminar. El señor Jesús, en cambio, era un hombre enjuto y avinagrado, que no probaba una gota de vino y que no se permitía gastar un céntimo fuera de su casa... pero que no ganaba un céntimo jamás. Era tipógrafo honorario. Unas veces porque se despedía de las imprentas por no

tolerar el roce con los burgueses, y otras veces porque lo despedían ó no lo admitían temerosos del roce de los demás obreros con aquel exaltado y furibundo hombre de acción, que se jactaba á voz en grito de su desprecio por los patronos, el caso era que nunca tenía un sitio estable para ganar su jornal. Y esto, fermentando en privaciones y en miserias, le había formado una levadura de odio á todo lo existente, que de continuo se traducía en su hablar desabrido y en sus gestos nerviosos y violentos, acompañado del constante golpe que daba con el bastón en el suelo, como si el suelo tuviera la culpa de sus desdichas y lo castigara aporreándolo.

Llevaban un rato silenciosos los tres. De pronto Jesús dió el clásico bastonazo y dijo, desmintiendo las palabras con los ademanes:

—¡¡ Bueno, tendremos paciencia...!!

—Ya no debe tardar padre... —contestó María.

Jesús, que trataba estérilmente de encender el cigarro, vencedor hasta ahora en su lucha con las cerillas, tuvo un arranque de bilis:

—¡ Mire usted que dan unos cigarros estos ladrones! ¡¡ Y unas cerillas...!! ¡ Hasta que ahorquen á todos los *truses* y á todas las Arrendatarias, no paro!

Y como Antonia lo mirara algo severamente, añadió disculpándose:

—Del verbo parar, señora...

—Eso me parecía, pero no le he mirado á usted por eso, sino por lo otro, por lo de ahorcar á medio mundo.

—¿A medio...?

Y el bastonazo completó la frase.

—Un poquito de calma, señor Jesús. ¿Hace mucho que lo despidieron á usted...?

—¡ A mí no hay quien me despida!

—¿No...?

—No, señora. Lo más que hacen es no admitirme, pero otra cosa no. Ya están advirtiéndolos los patronos, que les armé dos huelgas... ¡ digo...! y una de tres meses, con muertos y heridos...

—Lleva usted buena recomendación para los maestros...

—¡ Llevo, llevo! ¡ Lo que llevo es un Miura dentro del cuerpo!

—Pues no lo deje usted salir hasta que toquen.

—Gracias por el buen consejo, señora Antonia.

—No hay de qué darlas, señor Jesús.

Y los dos se quedaron silenciosos, procurando Antonia disimular una sonrisilla burlesca que se retozaba por los labios, y más de un si es no es amostazado el señor Jesús.

La voz de María rompió el silencio para decir:

—Ahí viene padre...

Efectivamente. Por el patio avanzaba ya Sócrates, vestido con su traje de día de fiesta, y trayendo al hombro unos listones. Tras de él entró Canelo, un chiquillo de doce años, aprendiz

del taller, y que venía el pobre todo sofocado del enorme peso de una esportilla con varios útiles y herramientas de carpintería.

Jesús, impaciente por conocer el resultado de las gestiones que practicara en favor suyo, le preguntó:

—¿Qué te han dicho...?

Sócrates, sin tomarse la molestia de constatarle, dejó caer del hombro al suelo los listones.

Antonia, asustada del imprevisto ruido, exclamó:

—¡¡ Podías dejarlos con cuidado...!!

Sócrates la miró un momento.

—No me dió la gana. ¿Qué más...?

Antonia no replicó, pero Jesús hizo el comentario:

—Lo traes herpético, ¿eh...?

—¿El qué?

—El humor.

—Sí.

Y después de mirarlo con cachaza, añadió Sócrates:

—Que no.

Jesús pegó un brineo.

—¿Que no me admiten?

—Que no.

—¿Que sobra personal, verdad?

—Eso.

—¿Y que me muera yo, que reviente...?

—Eso no me lo han dicho; pero si quieres reventar, allá tú...

—¡ Maldita sea la...!!

Y volviéndose á sentar, Jesús le largó al suelo una docena de bastonazos para desahogarse un poco.

Descartado ya aquel punto de las negociaciones infructuosas para encontrarle acomodo y jornal á su amigo, Sócrates le dió un tirón de orejas á Canelo.

—¡ A trabajar, Canelo!

Antonia, extrañada, le preguntó:

—¿A trabajar...?

Sócrates, aparentemente tranquilo, pero rabioso y contrariado, mientras explicaba la situación, iba quitándose el sombrero y la americana para vestirse la blusa del oficio.

—Parecía natural que nos dejaran libres hoy... Un hombre á quien ayer se le muere la suegra... ¡ No lo merece!

Jesús, desde su sitio, lanzó la sentencia:

—¡ Que son unos lechuzas y unos chupasangre de los pobres!

—¿Que si son...? —asintió Sócrates—. Pues cuando yo le soltaba unas palabritas respectivo á la muerte y á la vida, y á lo que somos, que no somos nada, va y me corta el hilo con la sinvergüencería de que los listones corren prisa, y ya que daba la casualidad de que me prestara un banco, que hiciera las baquetillas en mi casa, porque en la suya estaría mal mirado que se trabajara con el duelo... ¡ Y además te advierto que el banco lo he traído porque al maestro le convino...!

—Y que á él le estorbaría en el taller. ¡Buenos son esos lechuzas para favorecer á nadie...! El favor se lo has hecho tú y ahora te lo cobra con las baquetillas. ¡¡Si te digo que son...!!

Sócrates asintió una vez más.

—¡A trabajar, Canelo!

Canelo se sintió ofendido:

—¡No me llame usted Canelo, que yo no soy ningún perro!

Sin dignarse recoger esta protesta de la raza humana, Sócrates agarró un listón con una mano, lo puso en el banco, oprimiéndolo firmemente en la ranura con la tuerca y se dispuso á cepillarlo. A las primeras virutas que saltaron, Sócrates se sonrió por una idea...

—¡Mira tú, Jesús, que si este listón fuera un burgués... y cayera en mis manos sin responsabilidad para mí...!

—¡Habría que ver cómo lo pondrías!

—¿Que cómo? ¡Pues en pedazos! Eso ni que decir tiene. Figúrate que estas son las piernas...

Y le largó al listón un cepillazo formidable.

—¡Figúrate que estos son los brazos—¡pun, cepillazo!—y estos son los hígados, y estos son los sesos, que hay que machacarlos!

La señora Antonia, desde su sitio y sin abandonar la costura, se limitó á decirles juiciosamente:

—No digáis barbaridades...

Pero Sócrates estaba ya mentalmente en el club y no podía detenerse en el impulso oratorio.

—Y para que el mundo marchara medianamente habría que matar siquiera unos doscientos diarios durante un mes.

Jesús aumentó el tiempo:

—Por dos meses, por lo corto.

Canelo, que en su vida había escuchado cosas semejantes, sintió un pánico indescriptible, y á media voz murmuraba todo compungido:

—¡Ay, madre del alma...! ¿A dónde he venido yo...?

Sócrates proseguía imperturbable:

—Por ahora hay que tener paciencia, pero ya vendrá el día, y entonces, á los que cojamos por nuestra cuenta, se les cobran todas juntas.

—¿Que si se les cobran...?

—¡Y no te quiero explicar lo que le pasa al que caiga en mi poder...! Estas son las piernas...

—¡Duro...!

—Empiezo por abajo para que sufra más. Estos son los brazos...

—¡Duro!

—¡Y estos son los sesos, que hay que machacarlos!

—¡Duro, duro!

—¿Ves cómo las gasto...? Ya va uno. Ven-ga otro.

—Otro hombre al banco.

Y como Canelo gimoteaba sin enterarse de

lo que le pedían, Sócrates le amenazó con el cepillo.

—¡Otro listón, Canelo!

Y Canelo dió otro listón, con la misma congoja que si hubiera cogido y llevado otro hombre para el suplicio y sin acordarse ya de formular nuevas reclamaciones por la personalidad canina que le confirmaban.

Antonia, acostumbraba ya á las palabrotas y á las ideas, seguía impasible su labor, diciéndoles de vez en cuando, sin ira ni sorpresa:

—No digáis barbaridades...

Y el jilguero, aprisionado en su jaula, muy limpia y muy mona, pero jaula al fin, ebrio por el perfume de los claveles y excitado por las voces de aquellos hombres, brincaba en las cañas, piando nervioso y sin decidirse á convertir el piar en armonioso trino, aunque María lo animaba llamándolo amorosamente: rico, chiquitín, ¿qué quieres tú...?

Pero al jilguero le pasaba lo mismo que á los hombres, y ni uno ni otros sabían pedir lo que les faltaba...

IV

Las ideas en música

Epifanio Menéndez, artista en bandurria, según rezaban sus tarjetas, era un ser absolutamente vulgar desde los pies á la cabeza, con el apéndice de la bandurria al brazo. Allí, en el apéndice instrumental, radicaban sus amores, sus energías y su personalidad. Como él mismo afirmaba convencido, no era un hombre, era una melodía...

En todo lo que no se refiriera al rasgueo ó al punteado estaba siempre de acuerdo con sus interlocutores y por igual aplaudía á tirios y á troyanos, á conservadores y á radicales. Lo mismo le daba una cosa que otra, y exactamente lo mismo una cosa que una idea. Para mí—decía Epifanio—no poniéndolas en música, todas las ideas son buenas... Ahora, aplicadas á un instrumento, hay que tener muchísimo cuidado para no desentonar.

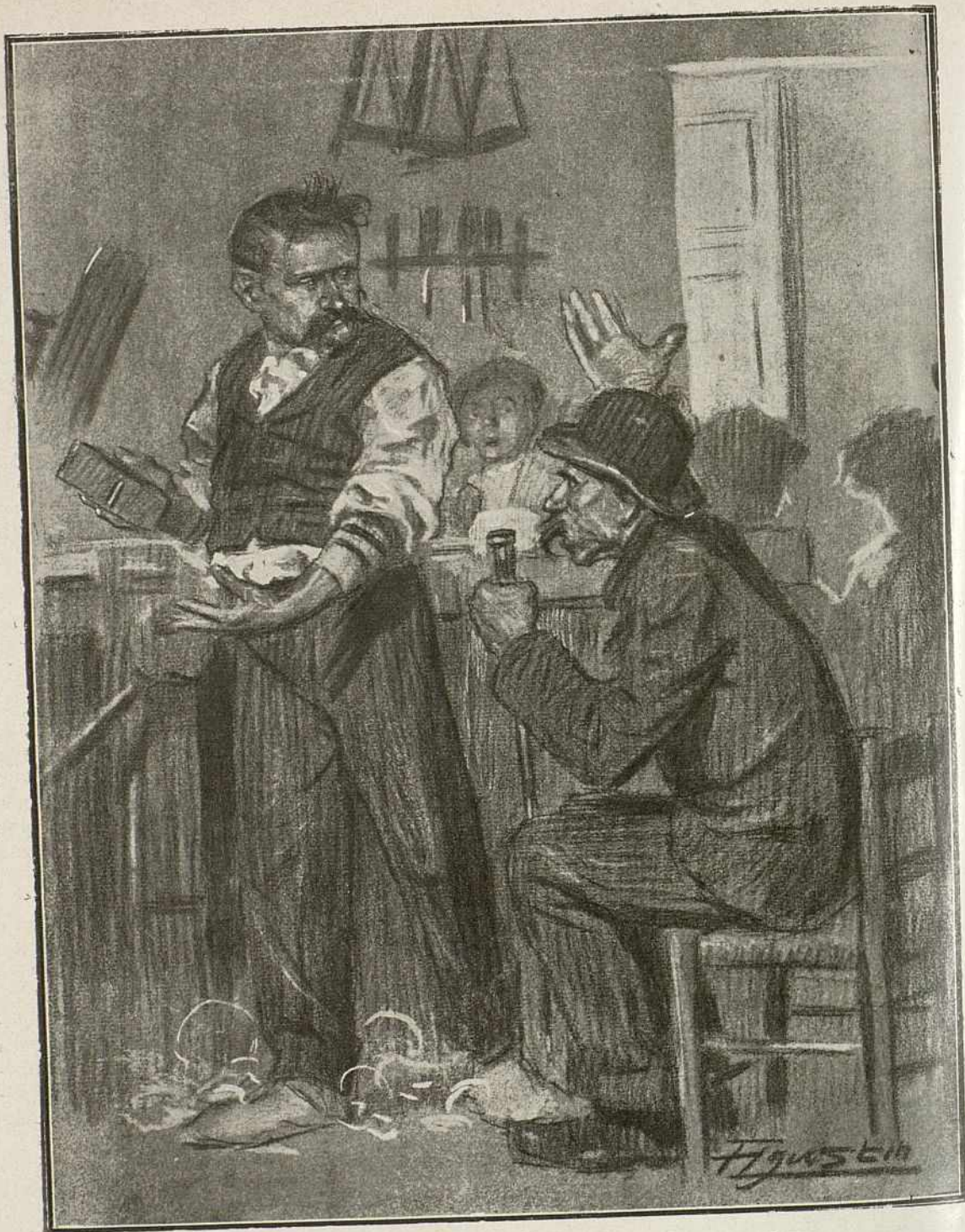
Pues este Epifanio, también vecino—tercerro, letra A—apareció en la puerta cuando más engolfados estaban Sócrates y Jesús en la infantil y revolucionaria tarea de triturar listones.

—¿Se pasa el rato, eh...?

Sócrates tuvo un acceso de indignación al ver menospreciada su labor preparatoria del gran día... pero como Epifanio no contaba entre los hombres útiles para la sociedad, sino entre las cigarras, artistas y demás ralea de seres decorativos, no le dió importancia mayor al saludo.

Epifanio, que tampoco le daba importancia á que le contestaran ó no, siguió muy obsequioso:

—Tengo diez minutos libres: ¿queréis que os toque algo...?



Antonia dió las gracias en nombre de todos.

—Nada: no se moleste, Epifanio.

—¡Es que estoy la mar de contento...!

Jesús consideró como un agravio personal el que alguien estuviera contento en este cochino mundo, y le arreó al suelo una tanda de bastonazos.

—¡La mar de contento! He inventado una mazurca que da la hora: y bailándosela, va á ser un gusto para ambos sexos, de lo superior!

Sócrates, olvidando su rencor, hizo justicia á los méritos de Epifanio.

—Como que tú eres un artista...

Jesús reclamó:

—¿Este...? Un burgués.

—¿Yo...?

—¡Tú! ¿No tienes una casa en Valdemoro?

—Para los veranos. No creo que eso ofenda á nadie, señor Jesús...

—¿Propietario...? ¿Y dice que no es burgués, Sócrates?

—Sócrates tuvo que reconocerlo.

—Lo eres, Epifanio.

—No iba á tirarla, haciéndole ese desprecio póstumo á mi difunta señora tía...

—Tía..., ó lo que fuera.

—¡Tía y muy tía! ¡En eso no te aguantó guasas, eh, Jesús...! Y á mí no debías largarme

esas indirectas, que bien sabéis que soy de los vuestros.

—¿Qué has de ser!

—No me ganas tú á socialista y á revolucionario, y si á mano viene, de ateo tampoco me ganas.

—¿También ateo...?

Y el señor Sócrates puso una miaja de chunga en la interrogación.

—¡¡ Por estas!!

Y para darle más fuerza, Epifanio juntó los dedos en cruz. A Sócrates lo convenció:

—Decentemente, ya no podemos dudar...

—Y cuando vengamos los nuestros, con lo que me corresponda en el reparto social, y mi casita de Valdemoro, voy á estar como un príncipe.

Jesús estallaba de coraje.

—¿Tu casita de Valdemoro no ha de entrar en el reparto...?

—Sería una primada. Reconócelo, Jesús...

Sócrates intervino disculpándolo.

—A los artistas hay que tomaros como sois...

Pero Epifanio no admitió la disculpa.

—Para que veas si te equivocas conmigo. Escucha una letra que le compuse á la mazurca. Sócrates empezó á admirarlo.

—¿También poeta...?

—De todo una chispitilla, para instruir al pueblo. Escúchala.

Jesús, que aborrecía los versos, redobló los bastonazos, para impedirlo.

—Se titula: *¡Compañeros, al trabajo!*

Sócrates, que con los golpes de Jesús, no lo entendió bien, insistió en la pregunta:

—¿Al qué...?

—¡Al trabajo!

—Ole.

—Todo es hablando de la revolución social. Son unos versos muy fuertes, pero que le caen muy bien á la mazurca. Verás...

—No se canse usted, señor Epifanio.

—¿No...? La podéis oír el lunes, que me encargaron á mí de la serenata para la inauguración del café del señor Elías, y creo que me he lucido. Primero puse el himno-mazurca, que se repetirá seguramente: después otra pieza mía, *El ramo de azahar*, polca, que también gustará, porque tiene lo suyo. Luego una quisicosa del Calleja ó del Lleó, y en seguida dos más: *Las amazonas*, vals boston, y *Me se pierde el gusto*, schottis.

—Ole.

—Y la segunda parte va á ser toda de capricho: lo que pida el público.

—Ole. Iremos el lunes.

—Se estimará. Ahora estamos ensayando la cantata. ¿Quieres subir...?

—Ahora no puedo.

—Cuando quieras, sube. Tú ya sabes que arriba tienes unos buenos amigos.

—Y tú ya sabes que los tienes abajo.

—Lo sé; gracias.

Y despidiéndose afectuoso de Sócrates, hizo

un gentil saludo á las damas, una mueca á Jesús, y dió un capirotazo á Canelo, á quien los ojos se le iban tras de la pulida y reluciente bandurria.

Por comentario final de aquella rápida visita, dijo Sócrates:

—¡ Es un artista! ¡ Qué manos tiene!

Y Antonia, que le conocía al Epifanio otras habilidades, corroboró la opinión:

—¡ Sí... qué manos más largas!

—En la bandurria no hay quien, y en la guitarra muy pocos.

Jesús, que despreciaba á Epifanio por ocioso, dejó transparentar su rencor:

—Este también es de los que han de llevar su miaja...

Y mientras llegaba la oportunidad de esa miaja, se contentó con administrarle al suelo unos cuantos bastonazos más.

Por la ventana se proyectó una sombra: la sombra se hizo cuerpo y presentóse la señora Pepa, esposa del señor Jesús, con sus cincuenta cumplidos, sus carnes fofas y sus greñas imponentes, acusando el total olvido del aseo personal. Aunque no era amistad muy del agrado de Antonia, transigía por deferencia á Jesús, y la saludaba con relativo afecto.

—Buenos días, señora Pepa.

—Buenos, señora Antonia. ¿Tendría usted unas gotitas de aguardiente para unas friegas?

—Sí, mujer.

—Son para aliviar el condenado reuma.

—¿Quién está malo?

—Jesús...

—¿Yo...?—dijo Jesús, pegando un brinco...—
¿Estoy yo malo, borracha...?

La señora Pepa, que no había visto á su marido, lanzó un grito:

—¡ Ay...! ¡ ¡ Estaba aquí!!

Y escapó por el patio, con la grácil agilidad de un hipopótamo en tierra.

Jesús, persiguiéndola, salió como un rayo:

—Ahora sí que vas á necesitar tú friegas.
¡ Borracha! ¡ Viciosa!

Antonia y María, comprendiendo cuál iba á ser el desenlace de aquel cómico error, procuraron detener y calmar á Jesús; pero Sócrates echó en la balanza el peso de toda su autoridad:

—¡ Quietas!

—¡ Pero padre...!

—¡ Quietas he dicho! ¡ A un hombre no se le pone en ridículo todos los días! ¡ Algún día que otro, bueno; pero todos, no!

Las mujeres se resignaron á que la paliza siguiera su curso natural, comprendiendo que muy injusta no era.

Canelo, con un susto más sobre su alma, gimeaba desconsolado. Sócrates, iracundo, le preguntó:

—¿Qué te pasa, mocoso?

—Que me da mucha pena el señor Jesús...

—Señal de que tienes buen corazón; pero acostúmbrate á no sufrir por los demás, que si no vas á ser una Magdalena, Canelo.

Canelo redobló sus gemidos.

—¿Qué te sucede...?

—¡Que no me gusta que me llame usted Canelo...!

Antonia intervino.

—Tiene razón. ¿No le han puesto un nombre...?

—Sí, señora. Juanito...

—Pues llámale Juan.

Sócrates se rebeló.

—Yo no le llamo Juan. Encuentro más distinguido y menos gastado el de Canelo. ¡A trabajar, Canelo!

Antonia no replicó. Era una idea, y cuando las ideas penetraban en el obtuso entendimiento del señor Sócrates, valía más dejarlas reposadas.

V

La familia por afinidad

Estaba de Dios que aquella mañana holgaría el señor Sócrates. No bien se dispuso á reanudar las dichosas baquetillas, cuando se le presentó un nuevo engorro en forma de su futuro consuegro, Cosme de Lahila y Jiménez, el hombre más fino y más atento que naciera de padre y madre. La sabia Naturaleza—aunque yo no pude jamás averiguar por qué le llaman sabia...—se había complacido en formarle una cadera más alta que la otra, y el bueno de Cosme rengueaba escandalosamente, dibujando en el aire un semicírculo cada vez que pretendía llevar un pie á sitio próximo de aquel en donde se hallaba el otro. El resto de su persona, gallardo y proporcionado, estaba en tan visible desacuerdo y en proporción tan errónea con la mitad inferior, que más parecía hecho de dos mitades dilerentes y descabaladas que de un solo golpe y á una sola vez, por conyugal y distraída que esta vez hubiera sido.

Cosme se dedicó desde muy niño al comercio, no porque el comercio le entusiasmara, sino porque el mostrador era un cómplice inconsciente de sus afanes amorosos, disimulando con naturalidad los defectos de la media figura inferior y realzando en toda su belleza la media figura superior, verdaderamente simpática y atractiva. Así fué como, después de varias conquistas y de un veinte por ciento de mujeres desengañadas, que no llegaron á consumir el proyectado delito, quedando, no obstante, un margen de ochenta, muy halagüeño para el amor propio del interesado... así fué, digo, cómo al fin consiguieron los dos—el mostrador y Cosme—enamorar á la bellísima Ruperta. Cides, heredera del mejor despacho de géneros del reino y ultramarinos que se estableciera en el barrio del Dos de Mayo por aquellos tiempos,

algo anteriores á nuestra verídica historia. Se efectuó la boda, después de unas amenazas del padre y de unos remilgos de la madre de Rupertita; fueron muy felices, prosperó la tienda y tuvieron un niño con las dos mitades iguales, que en la actualidad era novio de María.

Cosme, recreándose en la gentileza de su vástago, no podía menos de reconocer, aunque jamás lo hiciera en alta voz, que si bien la parte inferior era de mejor conformación que la paterna correspondiente al mismo lugar, en cambio, la superior distaba mucho de equipararse á la suya.

La madre y esposa, respectivamente, que seguía muy enamorada de su consorte, cuando quería ensalzar al chico á expensas del marido, lo defendía como una leona, diciendo:

—Claro que Cosme ha sido muy guapo de cintura arriba; pero no vayan ustedes á figurarse que lo demás era despreciable. Aquel rengueo le hacía gracia y nunca le estorbaba para nada. Razón que siempre hizo callar á las mujeres, aunque siempre sirvió para que insistieran un poco más los hombres...

Pues este Cosme era el recién llegado. Sócrates le saludó con su corriente brusquedad.

—¡Hola, Cosme! ¿Qué traes?

—Lo de siempre: buena voluntad. ¿Estás de temple para oír un par de cositas...?

—Desembucha.

—Allá va. Yo necesitaba un armario; tú me propusiste hacerlo más económico que yendo á un taller.

—Exacto.

—Y hace dos días que me lo has mandado.

—En mí no hay más que una palabra. Te dije que el jueves lo tendrías y el jueves lo has tenido.

—Bien. Pues... hoy se le ha roto ya una tabla.

—Las obras no han de ser eternas, Cosme...

—No digo yo que eternas, Sócrates; pero si quiera unos días...

Sócrates se molestó.

—Oye, Igualdad. ¡Este viene á decirme en la cara que soy un chapuzas!

Cosme vió la nube por aquel lado y quiso evitarla.

—No, no...

—Y yo tengo mi reputación muy bien puesta y no estoy para que te levantes una mañana con ardor de estómago y me desacredites. ¡Que vengan los pèritos!

Cosme se batía en retirada.

—¿Quién te niega tu mérito, hombre...? El armario es sólido y bueno; de eso, ni hablar. Pero la tabla se ha roto...

Sócrates cortó por la sano, variando la conversación:

—¿Qué otra mosca te ha picado, si se puede saber?

—Deseaba preguntarte cuándo te parece que arreglemos lo de los chicos...

—Pues, cuando dispongáis, nos vamos al

Club, se firma un *arta* del matrimonio libre... ¡y á vivir!

María, que naturalmente escuchaba ansiosa, se agarró convulsa á las faldas de la madre.

—¡Madre...! ¿Oyes?

Pero ya Antonia se levantaba como si fuera de resorte, tirando la costura por el suelo, sin cuidarse de que se perdiesen las agujas ni de que se deshilvanaran los carretes, y agarrando al digno compañero por los cabezones, lo sacudía frenética y enfurecida:

—¿Pero tú te has creído de veras que mi hija se va á casar de cualquier modo?

—¡Tu hija! ¡Tu hija...! ¡Tanto es tuya como mía!

—No seas vanidoso...

Sócrates miró á Cosme. Cosme le respondió, únicamente, con cierta filosofía:

—¿Y quién sabe eso...?

—¡Bueno, pues no lo sabe nadie!—rugió Sócrates—. Pero lo que yo digo y redigo, y lo que yo dispongo y mando es que matrimonio libre... ¡ó nada!

—¡Y yo primero me dejo hacer añicos...!

—¡¡Igualdad!!

—¡¡Vicente!!

Sócrates reivindicó sus ideas respecto del calendario, objetando á la costilla:

—Me llamo Sócrates; no lo olvides.

Pero la esposa, ó, mejor dicho, la madre, no estaba para detenerse en esas minucias.

—¡Como te llames...! Pero mi hija se casa por la Iglesia ó no se casa!

—¡Lo veremos!

—¡Lo veremos!

Cosme quiso apaciguarlos con unas palabritas que no disgustaron á ninguno y terció en la pelea, diciéndoles:

—A mi hijo lo mismo le da...

—¡A mí, no!—vociferó Antonia.

La pelotera llevaba traza de enzarzarse malamente, causando el número veintisiete de los sustos al pobre Canelo, á no ser por la oportuna entrada de un nuevo personaje, Severiano Machado y Machado, hombre de cincuenta años, con barriga de rentista y barbas de capuchino, coloradote y sano, también ebanista y compañero de Sócrates en la directiva de *La Doble Virtud*, Sociedad de resistencia y mutuo amparo. Su aparición calmó instantáneamente la irritabilidad conyugal, aplazando ambos consortes, y por tácito acuerdo, el proseguir sus respectivos puntos de vista, con la vehemencia que el caso requería, cuando los extraños no interrumpieran.

Severiano, sin tomarse la molestia de saludar, que esas son monsergas de burgueses, explicó el objeto de su presencia.

—De parte del presidente, que vayas.

—¿A Junta *directiva*? ¿Qué ocurre...?

—Lo de los pintores, que se ha enredado; pero yo voto en contra de la huelga y tú debías...

—Déjame de consejos, que ya sé yo en dónde tengo mis opiniones.

Y satisfecho por aquel modo contundente de cortarle el revesino al discurso de su amigo Severiano, se volvió hacia Antonia, mandándole imperiosamente:

—Tú, Igualdad, tráeme la americana y el sombrero y el bastón y el revólver.

—A ver si te lo quitan.

—¿Y qué...? Compró otro.

—Eso es responder con razones, Sócrates.

—Debías esperarlas, Severiano.

—Y á propósito de nuestros asuntos. ¿Leíste los periódicos hoy...? Lo de Cataluña se pone feo, y ya cuentan que en Navarra se levantó otra partida.

Sócrates tuvo un mohín despreciativo:

—Mira tú que si á estas horas saliéramos con un reinado de Don Jaime...

—Me alegraría...—dijo Cosme.

—¿Eh...?

—Que me alegraría. No lo puedo remediar; desde pequeñito tuve simpatías por la causa...

Sócrates y Severiano se quedaron mirando el uno para el otro, estupefactos, con el profundo asombro de que pudiera brotar un legitimista y un reaccionario en donde ellos sembraban revoluciones y derrocamiento de jerarquías; pero ya volvía Antonia con las prendas que le mandaran traer y nadie pretendió seguir la conversación.

—Aquí está todo.

—Dame...—y recogió y se puso la americana.

—Toma.

—Dame...—y se puso el sombrero.

—Toma.

—Dame...—y se guardó el revólver.

—Toma.

—Dame...—y cogió el bastón.

Cosme, que no había abandonado su proyecto referente á la tabla rota, se acercó discretamente á Sócrates, y con la obsesión de la muletilla que estaba oyendo, sin darse él mismo cuenta de que repetía la palabra, empezó diciendo:

—Dame...

Sócrates, enfurecido por el recuerdo de su chapuza en lo del armario, por su pelea matrimonial y por salirle el consuegro carlistón, creyó que era un poco de chunga aquel comienzo de párrafo, sirviéndose de la misma palabreja, y sin andarse en miramientos, le largó un codazo en un vacío.

—¡Toma!

Cosme hurtó el cuerpo cuanto pudo, y sin concederle importancia á la acción, siguió explanando su pensamiento capital:

—Digo que me des tu palabra de arreglar lo del armario.

—¡No seas posma, Cosme!

—Comprende que...

Sócrates halló la respuesta decisiva:

—No seas posma, te lo repito. ¡Como si yo



no tuviera que pensar más que en tus muebles!...

Realmente era un argumento definitivo y Cosme tuvo el buen gusto de reconocerlo, callándose. ¡A un ebanista no se le puede exigir que piense en los muebles siempre...!

Aún duraba la sonrisa triunfadora de Sócrates y la humillación silenciosa de Cosme cuando volvió á entrar Jesús.

—¡Ya tiene la friega la Pepa...!—dijo.

—¿Grande...?

—Regular, pero bien repartida por todo el cuerpo. ¡Y luego dicen que el infierno está abajo...! ¡Arriba! Tercero, letra B... ¡Maldita sea la...!

Y por no perder la costumbre, le atizó al suelo unos cuantos bastonazos, tal vez sobrantes de los suministrados á su costilla.

Antonia, para distraerle de sus disgustos, le preguntó juiciosamente:

—¿Por qué no busca usted trabajo con formalidad, señor Jesús...?

Y Sócrates, que le había recomendado en casa de Eusebio Jiménez, remachó el clavo, diciéndole:

—¿Has visto al señor Eusebio?

Jesús echaba espuma por la boca al responderles.

—Con formalidad, señora Antonia... ¿Pero es que yo soy un muñeco de feria...? ¿Y que si he visto yo al señor Eusebio...? Fui esta mañana; pero no se le puede ver...

—Algo orgulloso sí lo es...

—¡Mucho! Pero, además, estaba ligeramente embriagado... Anoche fué á los Viveros de juerga con unos amigotes y unas amigotas, y á la vuelta, la mujer le armó bronca. El no se quedó corto...

—¿Y se pegaron...?

—Se pegaron; sí, señora.

Sócrates, como siempre, encontró la frase terminante:

—Eso no significa nada. Hay mucha gente que se pega de noche... y de día.

—¿Y el encargado...?—insistió Antonia.

—¿El encargado...? Que sin orden del beodo principal no recibía á nadie.

Sócrates se compadeció:

—Ven conmigo. Al pasar entraremos en la imprenta del señor José, que me aprecia, y yo le hablaré...

—Bueno, vamos...

—¡Andando! ¡Arrea, Canelo, á jugar por ahí una horita! Pero á la hora aquí, ¿eh...?

Y sin más ceremonia salieron de la casa Sócrates, Jesús, Severiano y el pobrecillo Canelo, que no sabía si disgustarse por el mote ó alegrarse por el asueto.

VI

Los hijos han nacido para dar alegría á los padres

Antonia detuvo á Cosme, que también pretendía marcharse:

—Haga usted el favor, Cosme, que tenemos que hablar una palabrita. ¡Esas tonterías de mi marido no pueden ser! ¡Que se casen como manda la decencia...!

—Lo que usted disponga, señora Antonia, y al señor Sócrates le daremos coba para que se esté quieto y no alborote.

Antonia sonrió satisfecha y tranquilizada en sus justas inquietudes, cambiando una mirada feliz con María, que no abandonaba su costura y su trabajo, bien convencida de que la madre velaría por su dicha futura.

La vuelta de Epifanio, siempre con su apéndice bandurriel, impidió que continuaran las variaciones sobre el mismo tema, aunque no eran ya necesarias, puesto que en lo esencial quedaron conformes.

—Vengo de petitorio—les dijo Epifanio—, porque se me ocurrió una idea, una más, de las muchas que tengo, gracias á Dios.

Cosme, alejado de Sócrates, y por tanto de su influjo dominador, se aproximó á Epifanio:

—Bien dicho. ¡Yo soy de los tuyos, de los que creen!

—Lo celebro por ti. Bueno, pues la Petra, la cantata que me sirve para los solos, ha ido de boda esta mañana. Además, quiere retratarse, y yo, aprovechando el que estuviera vestida...

—Eso no es aprovechar, Epifanio.

—¡No éche usted los pies por alto, señor Cosme! Aprovechando, digo, le concedí permiso para ir y ya se fué. Ven acá tú, María, monina...

María tuvo que contener los afectos de Epifanio.

—¡Estése usted quieto! ¡No tenga usted las manos largas!

—¡No veo yo que haya motivos para repucharte así, con un hombre que te ha dado tantos besos de pequeñita...!

Antonia dió solución al caso:

—Es verdad. Ahora vaya usted descontando de aquellos...

—Ella se lo pierde. Y encabecemos el asunto: ¿Me presta usted la niña?

—¿Es la niña ó el almirez lo que usted desea?

—Para una ideíta que tengo...

—Me la figuro.

—¡No, señora! Otra. La letra de la mazurca esa pienso aplicársela á su señor esposo de usted.

—¿Cómo aplicársela?

—Con dedicatoria. Se usa mucho en las obras de arte... Y me imagino yo que sería un caérsele la baba de gusto á su señor padre, de la niña, si la niña misma le cantara los versitos... ¿Eh?

—Esa te la puedes apuntar de fino, Epi—dijo Cosme convencido.

—Pues tengo un amarraco. ¡Ordago, señora Antonia!

—¿Y la música...?

—Va aparte; pero también es mía, lo que se llama original. Y eso que la otra noche tuve unas palabras, en sueños, con Mozart, que se me apareció, dándose tono y perjurando que la mazurca era suya, que yo no había hecho más que modificarle el tiempo.

—¿Y es así?—preguntó Antonia.

—¡Qué ha de ser! Primero le contesté que era un trapalón y un envidioso, y luego, como se puso algo tirante, le solté cuatro frescas. Vamos á ver, señor de Mozart... ¿Para qué viene usted con pamplinas y con exigencias, si después de todo usted no la ha de cobrar...? Y que si da usted en la flor de molestarse por los parecidos, ¿no comprende usted que le van á llamar pelma y gruñón, hombre...? ¡Deje usted que viva todo el mundo!

—Y Mozart, ¿qué hizo?

—Pues lo que hace un alma en pena cuando tiene buenos sentimientos y escucha razo-

nes: achantarse. Y que yo no necesito de nadie para las melodías, que no hay noche que me acueste sin haber escrito un paquetito de música que suene bien.

—Eso es lo prudente—corroboró Antonia—y ya lo dice el refrán: tuya ó ajena, no te acuestes sin música buena.

—¿Que alguna nota se parece...? Bueno, ¿y qué...? Es como si me dijera Espronceda que los consonantes son suyos. ¡No, señor! Los consonantes son de todos los hombres.

Cosme metió su cuchara:

—Opino como tú en lo de los consonantes.

—Gracias. Y sigamos con lo serio. ¿Me llevo á la niña?

—¿Quieres ir...?

—Si me dejas...

—Pues sube, y á ver si aprendes pronto esos versos y esa mazurca del señor Epifanio y de Mozart.

—¡Mía sola!

—Para cobrarla, de usted sola.

—Y no le adelante usted la noticia al esposo; quiero sorprenderlo dándole ese gusto, que lo va á ser muy completo y muy merecido, que los hijos—y lo mismo digo de las hijas—han venido á este mundo para ser la alegría de los padres...—y lo mismo digo de las madres—. Anda, vamos.

María volvió á necesitar defenderse.

—¡Esté usted quieto, señor Epifanio!

—Dispensa; creí que eras otra.

Y los dos marcharon contentos á ensayar la canción; él, con la esperanza de haber hallado una buena intérprete para sus obras, y ella con la ilusión de que el padre la oyerá y se le ablandarán las fibras que entorpecían el logro de su amor.

VII

Las ideas de uno aplicadas por otro

—Es hombre de muchísimo mérito este señor Epifanio—dijo Cosme—. Yo soy de su opinión.

—Y de la de todos—replicó Antonia.

Era cierto; sin embargo, á Cosme le sorprendió que lo hubieran notado...

En la puerta apareció Basilio, un mocetón robusto y fuerte, de unos treinta años, moreno, con ojos negros y provocadores, muy pulcro y atildado, dentro de su traje dominguero, aunque él lo usara todos los días para su oficio de galán cortejador.

—Buenos días, señora Antonia, y usted, señor Cosme.

Cosme respondió con el mismo afecto:

—Buenos días, Basilio...

En cambio, Antonia contestó secamente:

—Buenos días. Vicente ha salido.

Y sin más conversación, hizo un pequeño saludo y retiróse á las habitaciones del interior.

Basilio, sin inmutarse por la acogida, marca-

damente desdeñosa, siguió hablando con Cosme muy amistoso y muy locuaz.

—¿Qué hay de las partidas jaimistas, tú...?—le interrogaba Cosme.

—Nada. Cuatro engañados, ó cuatro vivos, que dispararon unos fusiles para justificar unas pesetas.

—Ya decía yo; en un país tan liberal...

—Aquí no hay más que republicanos.

—Si no anduvieran divididos...

—En público, para que se traguen esa pildora los gobiernos.

—¡Ah... es una agañaza!

—No.

—¿Y entonces?

—Que no se dice así; es añagaza.

—Eso es de material.

—Y mientras, descuidan el vigilarnos. Pero en Septiembre será la nuestra; están comprometidos ocho generales.

—Y decían que no había ninguno...

—¡Pues ocho! Y cuatro regimientos...

—¡Me das una buena noticia!

—¿Pero tú...?

—¿Que si soy republicano yo...? ¡Desde pequeño, hombre! Era un mocoso y ya jugaba á las revoluciones, porque otros juegos no me distraían...

—Mejor. Y ahora vete, Cosme, que yo he de hablar con el señor Sócrates.

—Te dijeron que ha salido.

—Esa no es cuenta tuya. Vendrá en seguida...

Cosme no se tragó el anzuelo; pero no quiso tampoco demostrar que se enteraba demasiado.

—Pues me voy... Y avisame el día en que nos hemos de echar á la calle.

—Descuida. Tú lo sabrás de los primeros.

Apenas salió Cosme, la fisonomía de Basilio se transfiguró como por arte de encantamiento; en los rasgos humanos se veían manifestamente los rasgos del felino, y la misma actitud del cuerpo, antes arrogante y recta, y ahora encogida, denotaba la flexión de los tendones, prontos al salto para destrozar la presa. Por los ojos, fijos en algo invisible, centelleaba una llamarada de codicia; por los labios, fuertemente unidos, rojos por el esfuerzo de contracción y agitados por unas ligerísimas sacudidas, pasaba una ráfaga de sensualidad, y en toda su figura, inmóvil, pero alerta, se dibujaba la enorme atención de aquella espera y de aquel ansia...

Antonia, por el tiempo transcurrido y por el silencio, creyó encontrarse libre de la persecución de Basilio, y no tuvo reparo en presentarse de nuevo para seguir su labor de costura. Al verlo, se encolerizó:

—¡Hágame usted el favor de marcharse!

El felino, escondiendo las uñas, se agazapó en humildades...

—Antonia...

—¡No quiero conversación con usted, ni tengo gana de que haya un disgusto por su culpa!

—No lo puede haber. El señor Sócrates es de mis ideas...

—Pero usted no es de las mías.

—Y no debe usted molestarse porque yo la quiera á usted muy de veras y sin mala intención.

—Lo que usted dice es muy delicado; pero lo que usted busca lo es más todavía.

—¡No, señora!

—Y, sobre todo, Basilio, se lo dije á usted muchas veces y se lo repito á usted una más,

—Es un hombre viejo...

—Esa es la apariencia.

—Y á usted no la quiere.

—Pues me lo demuestra...—y la sonrisita con que lo acentuó, puso carbones encendidos en el afán de Basilio.

—¡Antonia!

—Mucho cuidado, ¿eh...?

—¡Parece increíble que usted no me quiera!

Yo me figuraba que era usted una mujer muy superior á todas las preocupaciones...

—Y lo soy en algo.

—Muy distinta de las demás mujeres...

—Eso no. Nada distinta. Siento no poder demostrárselo...

—Que no se pagaba usted de fórmulas, ni de lazos convencionales, que sólo atan á los crédulos...

—Verdad.

—Que para usted lo primero era el cariño...

—¡Verdad!

—Y que no había ni habrá otra ley que la de su corazón, sabiendo que toda persona es libre cuando la voluntad no está ligada.

—¡¡Verdad, verdad, muchísima verdad!! Y precisamente por eso, porque me dejó conducir de los cariños y del corazón, porque soy libre de manifestar mis afectos,

continúo queriendo á mi marido, y á mi hija y á mi casa.

—¡Antonia!

—Y precisamente porque soy libre de escoger, los escojo á ellos y lo rechazo á usted.

—¡¡¡Antonia!!!

—Porque usted no pensará que la libertad consiste en que todos vayamos á donde á usted se le antoje, aunque no nos acomode ir...

Basilio no discutió más, viendo que las razones se le volvían enemigas, y quiso valerse de la razón suprema que trastorna á la carne



á ver si quiere usted comprenderlo: yo no estoy dispuesta á escucharle á usted ni á nadie.

Basilio dió un paso hacia Antonia.

—¿Será posible que usted me rechace...?

Antonia retrocedió otro paso, pero amenazó con la voz:

—¡Mucho cuidado, señor Basilio!

—Tengo tan llena de amor la vida por usted...

—Y yo por mi marido.

—El señor Vicente no se lo merece...

—¿Y usted qué sabe?

Ayuntamiento de Madrid

cuando otra carne vibrante se le acerca, lanzándose decidido á sujetarla.

Antonia, que leyó en los ojos, antes que en el salto mismo, el ataque definitivo, la lucha en que no se miran consecuencias ni peligros, tuvo miedo del escándalo y huyó, amparándose del banco y corriendo alrededor; pero Basilio, más joven, y, por tanto, más ágil, la alcanzó pronto, cogiéndola vigorosamente de un brazo. Antonia, al verse aprisionada, antes de verse vencida, echó mano al escoplo, y blandiéndolo fieramente, le dijo:

—¡¡ Mucho cuidado, señor Basilio, que pego!!

Basilio tuvo miedo, más que al golpe, al lugar abierto y de fácil sorpresa, y soltó el brazo de Antonia, disculpándose amoroso:

—¡ Perdón...! ¡¡ Tengo tan llena de amor la vida por usted...!!

Antonia lo miró con profundísimo enojo y, sin responderle siquiera, echó despreciativamente el escoplo sobre el banco, giró luego sobre sí misma y retiróse lenta y pausada, dejando á Basilio continuar la retahila de sus protestas.

Pero aquella retahila no fué muy larga. En cuanto la vió desaparecer, le cabrillearon de nuevo las centellas en los ojos, tembló de pies á cabeza, respondiendo á la descarga eléctrica de los nervios todos, y avanzó cauteloso por el mismo camino que siguiera Antonia, premeditando una más segura agresión en sitio más oculto y más indefenso para ella. Al decidirse y marchar, murmuraba traidoramente:

—Allá dentro, quizá no tenga escoplo...

VIII

Las ideas de uno cuando se vuelven contra uno mismo

De la Junta directiva de *La Doble Virtud*, regresaban ya Sócrates y Severiano, peleándose todavía.

—¿Quiéres decirme—le demandaba Severiano—por qué has votado tú ese acuerdo?

—Por compañerismo.

—¡ Y dale! Porque hayan despedido á un holgazán, ¿vamos á imponer la huelga á los que trabajan de veras?

Sócrates tronó desde lo alto de su nombre:

—Señor Severiano, yo á usted lo respeto como si fuera mi padre, dicho sea sin molestia para mi padre, pero reconozco que no es usted hombre de alcances.

—¡ Vicente!

—Sócrates, si le es igual. ¿Cuántas veces le voy á decir que en mi casa se acabaron ya los infundios de calendarios?...

—Para cambiar, lo escogiste bien.

—¡ Vaya si escogí! Sócrates era un tío como yo.

—¿ Ebanista?

—Eso no sé. Pero aficionado á las ideas, como yo. En el mundo hay dos clases de animales: una, nosotros...

—Tú.

—Perfectamente, yo: los racionales. Y otra, ustedes...

—Ellos.

—Bien, ellos. El que discurre, es un ser; el que no, nones.

—Me explicaría que te afanases por discurrir en tu oficio...

Sócrates se subió al tripode.

—¿ En mi oficio nada más...? ¿ Por el egoísmo de mejorar yo...? Es usted de pocos alcances, señor Severiano. Hay que mirar á lo lejos, á la Humanidad. ¿ Se ha enterado usted de lo que digo...? ¡ A la Humanidad...!

—Conformes. En el mitin ya hemos arreglado á la Humanidad una porción de veces, pero yo sigo creyendo que es una gansada todo lo que decimos allí.

—¡ Señor Severiano...! ¡ No se desande usted de la Civilización, hombre!

—Pues mira, yo, para gobernarme, tengo hechas dos listas. Primera: lista de las cosas, muy importantes, pero que á mí no me importan nada: La Humanidad, la Torre Eiffel, la cuestión de Oriente y la de Occidente, el emperador de la China, su señora é hijos... etcétera. Segunda: lista de las cosas que á uno le pueden servir para algo: mi taller, la Casa de la moneda, el tranvía del barrio, Maura ó Canalejas...

—¿ Según caigan...?

—Al revés; según suban. Maura ó Canalejas, el sereno de mi calle...

—Práctico, ¿ eh?

—¿ Y tú...? ¿ No es una mamarrachada que le llames Igualdad á la señora Antonia? Y que probablemente no sabrás tú mismo con quién la igualas...

Sócrates tuvo una sonrisa de piedad:

—A usted no se le puede querer mal porque es usted un poco flojo y un poco cerrado de mollera, y no le caben á usted en la cabeza esos conceptos tan hermosos del amor universal y de la Fraternidad Mundial, en que todo es de todos, sin que haya en nada el egoísmo de uno solo...

—Aplicale eso á Basilio.

—¿ Eh...?

—Que le apliques eso á Basilio. Me parece claro lo que te digo, Sócrates.

Sócrates se quedó de una pieza viendo salir á Basilio del cuarto de la señora Antonia, sin atender á Severiano que le decía:

—Quizá salga de predicárselo él también á tu mujer...

A Sócrates, como si fuera un encerado, se le borraron todas sus ideas de amor universal, manteniéndose únicamente, viva y en sangre, la idea de su amor, de su hogar, de su felicidad... é iracundo se dirigió á Basilio:

—¿ De dónde sales, Basilio...?

Basilio, que salía muy contrariado, con el coraje de una nueva derrota, al encontrarse con el marido, se calmó súbitamente.

—¿Que de dónde salgo...?—respondió—. Pues de saludar á la señora Igualdad.

—¿Y te metes así por la casa...?

—Naturalmente. ¿No somos compañeros, Sócrates?

Severiano, cachazudamente, corroboró el argumento:

—Si lo sois..., no tiene nada de particular.

—Yo no entiendo de ese modo el compañerismo—prosiguió Sócrates—. ¡Y vamos claritos, Basilio! ¿A qué santo viene ese saludo, metiéndote de rondón por el sagrado del domicilio...?

Basilio tuvo una mueca de desdén:

—¿Pero tú crees en historias de santos...?

—Un hombre como tú, con cada idea que espanta...?

Severiano apoyó á Basilio:

—Tienes razón. En eso has dicho que no crees.

Sócrates tragaba quina para contenerse.

—De la cuestión religiosa hablaremos en otro ratito de más calma; pero ahora te pregunto: ¿qué buscas aquí, Basilio?

—Pues te lo diré. Me conoces demasiado para sospechar que trate de ofenderos á tu mujer y á ti...

—A los dos no; á mí solo.

—Tampoco. Si tú fueras como hay algunos, claro está que pretendería engañarte.

—¡No está eso tan claro!

Severiano, ahora, dió la razón á Sócrates.

—Tampoco á mí me lo parece...

Sócrates se enfureció por aquella intervención constante de Severiano.

—¡Calle usted, señor Severiano, y deje usted hablar á Basilio!

—Entre nosotros—continuaba Basilio, con mucha calma—no hay para qué disfrazar las intenciones. Yo estoy enamorado de la señora Igualdad...

—¡Basilio!—gritó Sócrates.

Severiano volvió á tocarle en el hombro, diciéndole:

—Es la Fraternidad Mundial. Hay que aguantarla...

Sócrates se indignó:

—¡No sea usted sobón, señor Severiano!

—¿Que la señora Igualdad te quiere...?—seguía Basilio—. Que sea enhorabuena y con tu pan te lo comas. ¿Que me quiere á mí...? Pues me la llevo yo.

—¡Y te la comes con mi pan, granuja!

—No, no. Todo legal y como debe ser. Te descasas, me caso yo...

—¡Ca, hombre!

Severiano intervino.

—Tiene razón Basilio.

—¡Me hace usted el obsequio de callarse, señor Severiano—vociferó Sócrates—, que me está usted dando más ira que él, hombre!

—Es que tiene razón...

—¡Y vuelta! ¡Y lárgate, Basilio, lárgate en paz, antes de que te eche las manos al cuello y te estrangule!

—¿Te opones...?—preguntó Basilio sin inmutarse.

—¡Claro!

—¿Y con qué cara irás después ante los compañeros á decirles que deben acabarse las tiranías...?

—¿Y con qué cara iría á decirles que te llevabas á mi mujer...? Pues con una que harían perfectamente en romperme á bofetadas. ¡Vete!

—Ya veo que predicar no es lo mismo...

—No es lo mismo que dar la mujer, no. ¡Vete!

Severiano cogió á Basilio para evitar que el lance pasara á mayores.

—Vámonos, sí, pero la verdad es que contigo no se porta bien, Basilio...

—¡Cochinamente!

—Porque, total, ¿qué le pedías?

—Y hecho legalmente... ¡nada!

Ya estaban en la calle Severiano y Basilio y aún permanecía Sócrates atontado y confundido por aquella aplicación de las teorías, diciéndose:

—¡Este me quería descabalar la familia...! ¡Caray con el compañero...! ¡Cómo está el mundo, ni para dormir se pueden cerrar los dos ojos...! ¡Fraternidad bueno, pero no tanta, caray, no tanta!

Antonia, atraída por el rumor de las palabras algo más vivo de lo que suele permitir una conversación, acudió intranquila:

—¿Con quién peleabas...?

—Con nadie. ¡Le hubiera roto los morros de buena gana!

—¿A quién...?

—¡Pero me tenía amarrado por la Idea! Y ya lo sabes; al hombre, por la palabra, y al... bueno, ya lo sabes también.

—¿Pero quién?

—Salió de allí—y señaló á la puerta del cuarto de Antonia.

—¿Ese fantasmón de Basilio...? No te preocupes; lleva ya lo suyo.

—¿Lo suyo... ó lo mío?

—Lo que merece por desvergonzado y por atrevido.

—De eso ya estaré yo á la mira.

Y no queriendo seguir por aquel rumbo en que peligraba su profesión de fe ó su reposo conyugal, torció bruscamente el diálogo.

—Escucha. Esos pillos de patronos pretenden imponerse y es preciso que no vivan á costa nuestra, que todos los hombres seamos iguales y que se lo demostremos.

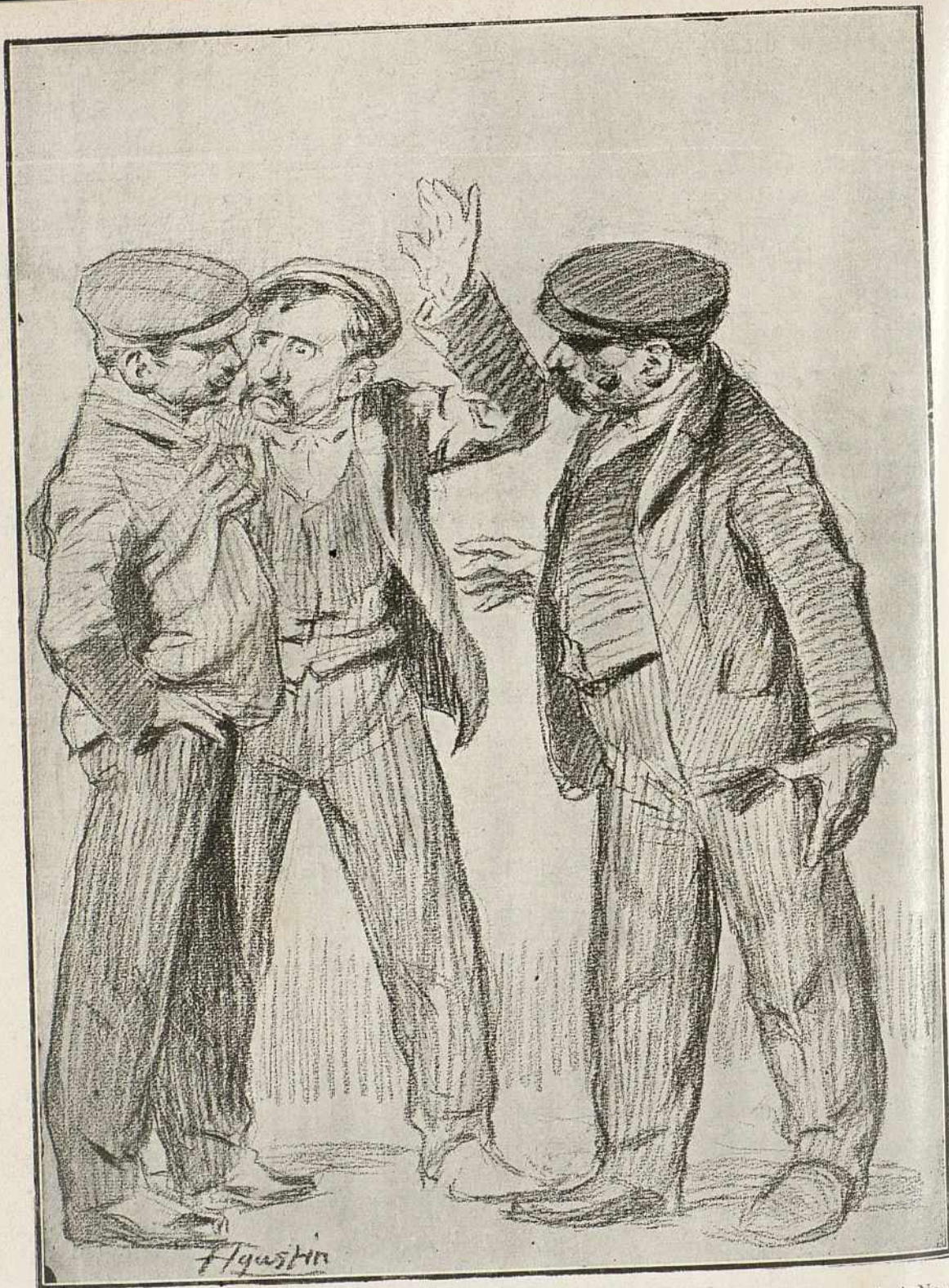
Antonia, irritada aún por la escena desagradable y violenta con Basilio, no estaba de humor para seguir el del marido y contestó desatemplada:

—¿Iguales todos, eh...? ¡Como os lo agradecerán los jorobados! A no ser que nos jorobéis á todos...!

—¡Entiéndelo! Que no haya esclavos ni desigualdades de fortuna.

—¿Todos ricos?

—Por igual. ¿Qué hay en Madrid...? ¿Un



millón de pesetas, verbi y gracia...? ¿Qué hay en Madrid...? ¿Un millón de habitantes...?

—¿A peseta cada uno...? ¡Anda, pues todos pobres! ¡Buen negocio vamos á hacer con tu revolución...!

Sócrates se quedó un poquito desconcertado.

—¡Las mujeres discutís siempre de mala fe...! Lo que nosotros perseguimos es precisamente que desaparezca el asqueroso dinero.

—¿Y para comprar...?

—¡Qué atrasadas estáis de teorías! No se compra, se cambia: cada uno, de su industria...

—Ya comprendo. ¿Quieres pan?

—Ahora no.

—Para cuando lo quieras. Vas á la tahona y cambias un panecillo... ¿por una silla...? ¡Pierdes tú! ¿Por una pata de la silla...? Pierde él.

Sócrates volvió á la perplejidad. No, el cambio no podía ser así... ¿Cómo demonios sería...?

Ayuntamiento de Madrid

Y en vista de que no hallaba argumentos, decidió enfadarse, que es el recurso de los superiores cuando el inferior tiene razón y no está uno dispuesto á reconocerla.

—¡Pero qué maña fe tenéis! ¡Con vosotras no hay más que un procedimiento...!

—Levantar la mano.

—Y dejarla caer. Que para algo sois vosotras seres inferiores, como dijo perfectamente...

—¿Quién lo dijo...?

A Sócrates le falló la cita psicológica.

—Lo esencial es que lo hayan dicho.

—Sois muy avisados los hombres...

—Sí que lo somos, pero tú tienes hoy una sonrisita.

—Puede que la tenga...

No hubo manera de aplazarlo más, porque en aquel mismo instante, como una tromba, como un huracán, penetró la señora Teresa, otra jamona apetecible, en la habitación. Descompuesta, sofocada, manoteando y explicándose á gritos, casi sin voz por lo emocionada, decía:

—¡Antonia! ¡Antonia! ¿Tienes ahí el décimo...?

Sócrates halló la oportunidad para justificar su cólera:

—¡Ah, viciosa! jugándote los cuartos mientras el marido trabaja y los compañeros sufren miserias!

Pero la señora Teresa cortó el hilo de la perorata:

—¡No sea usted burro, señor Vicente! ¡Que nos ha caído el segundo premio!

En aquello había tres ideas: la de burro, la del nombre y la del premio. A ésta se encaminó en primer término la sagacidad del digno ebánista.

—¿El segundo, señora Teresa?

—¡Mírelo!

Y enseñaba triunfante la lista de la lotería, blandiéndola como una bandera.

—¡El 17.208...! ¡Mírelo! ¡El 17.208...!

Antonia, mientras, fué rápidamente á un cajón de la cómoda y trajo de ella el codiciado billete. Leyó el número el señor Sócrates y le tembló la voz...

—El 17.208. ¡Antoñita!

—¡Ricos!

—¡Ricos!

—¡Ricos!

Y los tres, al exclamarlo, pusieron en el acento su vida pasada, de privaciones, y su vida futura de comodidades y de regalo.

—¡Mira si hice bien dando fe á mis sueños!—decía entusiasmada la señora Teresa—. Primero vi una fuente, luego dos toros, después el número... ¡era infalible!

Antonia, como un eco y sin apartar la mirada del billete, repetía gozosa:

—¡Infalible, infalible...!

Pero Sócrates ya había reaccionado de su primer deslumbramiento, é igual que se guarda-

ba la alegría en el fondo de su alma dispuso que se guardara el décimo en la cómoda.

—No conviene alborotar á la vecindad...

—¡Claro!

—Y usted, señora Teresa—significó disponiendo Sócrates—, váyase calladita para su casa, no diga una palabra á nadie y mañana temprano véngase por aquí é iremos á cobrarlo.

La señora Teresa se percató al vuelo de la trascendencia de aquella norma de conducta, puso la cara muy seria para que nadie leyese el íntimo regocijo y echó á andar majestuosa y pausada.

Sócrates se abrazó á Antonia al verse solos.

—¡Antoñita mía!

—¡Sócrates!

Sócrates rectificó dulcemente:

—Estando solos ¿por qué no me llamas Vicente...?

Antonia le miró, como antes había mirado el billete, con asombro y con alegría...

IX

Las malditas ideas

Abrazados aún los encontró Cosme.

—¿Qué hacen ustedes...? ¿Hay gana de retozo...?

—¡Y tanta!—respondió Antonia impetuosamente—por la lo...

No pudo acabar la frase. Sócrates le tapaba la boca y completaba el sentido, añadiendo:

—La lo... la lo... la loca de mi mujer, que se entusiasma porque le gasto una broma... pero ¡es tan agradecido el sexo este!

—No hay nada malo en ello—asintió Cosme.

Luego continuó gravemente:

—Pues sí, he pensado mucho en lo de los chicos y estoy de acuerdo contigo: los casaremos por lo libre.

Sócrates se sintió rentista.

—¡Tú eres un infeliz, Cosme! Mi hija, María, la hija de la señora Antonia y del señor Vicente, ¿va á contraer nupcias como si fuera un guñapo...?

Cosme abrió unos ojos de á cuarta.

—¿Pero tú no dijiste que...?

—Lo que yo digo, y está muy bien dicho, es que antes se debe tratar de su qué y su porqué y su cuánto.

Cosme se echó á reír:

—¡¡Querrás que te asegure la dote...!!

—¿Y por qué no...?—le dijo Antonia.

Y en tanto que Cosme la miraba asombrado, Antonia, risueña, fué alejando hacia sus habitaciones.

—¿Pero qué dice la señora Antonia, Sócrates?

—¡Qué infeliz eres, Cosme! ¡Tú no sabes nunca con quién hablas!

—Yo creía que tus ideas...

—De eso tampoco sabes tú. Cállate, Cosme; es un buen consejo que te doy. Y ahueca, si te parece...

El señor Severiano, que entraba, corroboró el consejo:

—Ten la amabilidad de ahuecar, sí, que yo necesito decirle unas palabritas al compañero Sócrates.

Cosme, sin saber á qué santo encomendarse, optó por retirarse. Severiano estuvo silencioso hasta que el otro desapareció, y entonces, dirigiéndose con gran misterio á Sócrates, lo abrazó y le dijo:

—Hace ya un ratito que estoy en el patio... No quise interrumpir cuando la señora Teresa os dió el noticia... ¡y ya sé que estamos de felicitarme los compañeros!

Sócrates, con la cara un poco aconejada, no se dió por enterado de la alusión:

—Sí, se acordó la huelga...

—¡No, no! Lo de la millonada que os ha caído, y como, naturalmente, la repartiéis...

—¡Despacito, señor Severiano! Lo que se hereda sí debe repartirse, porque no es justo que nadie sea rico de guagua; pero lo que uno adquiere honradamente con su trabajo ó exponiendo su dinero, eso no puede entrar en el reparto.

—¡Todo!

—Bueno, todo, pero aquí no hay caso...

—¿Que no hay caso...? ¡Pues no ha de haber hombre! ¿No te digo que lo escuché...? ¡El segundo!

Sócrates se vió perdido y no trató de negar.

—Y en estas circunstancias—seguía Severiano—aunque á ti lo que te sobra es fundamento y experiencia, dile á tu mujer que oculte lo que tiene.

—Ya lo hace desde muy pequeña.

—Sin chirigotas. Porque ese dinero, bien que



se distribuya, pero ha de repartirse con equidad, á quien lo merezca, empezando por ti.

—Gracias...—gimió Sócrates.

—Y como para todos no llega, mi opinión es que repartas entre los de la Junta, por ejemplo. Vienen á ser unas quince mil pesetas... ¿no es eso? Apartas mil para ti...

—¡Gracias!—volvió á gemir Sócrates.

Y haciendo de necesidad virtud, añadió:

—Y después las otras catorce entre los sie-

te que somos de la Junta. Dos mil pesetas al señor Juan, dos á...

—Una observación—le interrumpió Severiano—. Si te he de hablar con franqueza, al señor Juan no le daba ni una mota: tú sabes cómo vive y cómo bebe... ¡Vamos, que no es un hombre, es una birria!

—¿No se las doy...?

—Aumenta á los demás la parte suya.

—Perfectamente. Entonces dos mil y pico al señor Eusebio...

—¡Alto! También es gusto, con el humor que se trae, ¡que no lo aguanta un mártir! Y de lengua no se diga..., ¡á ti te ha puesto como un trapo infinidad de veces...!

—¿Quitamos ese?

—Quítalo.

—Pues quedamos, yo, tú, Basilio...

—¿El que te ronda la mujer...? Como dispongas, pero tienes unas tragaderas regulares...

—¿Lo quito?

—Por decencia y por el qué dirán...

Sócrates tuvo una inspiración:

—¿Y si repartiéramos entre tú y yo solamente?

Severiano comprendió la delicadeza...:

—¡Yo no me puedo negar...! Y así, salvabas una porción, que está muy indicada para que tú te la quedes, y salvabas tus principios, que para eso representaría yo á los compañeros.

—Muy bien. Esto se cobrará mañana, sábado: el lunes, te espero.

—Quita, hombre, ¡qué más da! Mañana mismo te acompaño.

—No te molestes...

—Nunca es molestia el ir contigo.

—Pues hasta el lunes.

—No, no: hasta mañana. ¡Tú eres verdaderamente un compañero!

—¡Tú sí que lo eres!

—Claro que de esto, mutis, ¿eh...?

Y estrechándose fuertemente la mano con la efusión de un hombre agradecido, fuése orondo y satisfecho, tarareando una machicha...

Y gracias á que tarareaba no oyó la letanía de maldiciones con que Sócrates lo despedía:

—¡Pillo...! ¡Granuja...! ¡Granujón...! ¡Sinvergüenza!

Antonia, que retornaba á su lado y oía únicamente el vocabulario, le preguntó:

—¿Qué te pasa...?

—Ese granuja, que pretende llevarse lo que es mío, ¡lo que legítimamente me pertenece!

—Las ideas no son para todos—observó juiciosamente la señora Antonia.

—¡Qué han de ser...! Y hay que distinguir mucho cuando le toca á uno...

—De cuando le toca á los demás. Evidente. Cosme, así que vió salir á Severiano, volvió á entrar escapado.

—¿Queréis decirme de una vez cómo va á ser el matrimonio de los chicos...?

—¿Pero no lo sabes, Cosme...?

—No. Y por eso quisiera...

Entró Epifanio con María. En la puerta ya, se arrancó á puntear la mazurca, coreándola, á boca cerrada, todas las discípulas.

Antonia le felicitó.

—Muy bien y muy natural, señor Epifanio...

—Gracias. Esto de silbarla antes tiene sus ventajitas, señora Antonia... Y ahora escucha tú, Sócrates. Es una letra que ha de satisfacer mucho, porque va con nuestras opiniones, y además oyes á la niña, que para el recitado tiene un oído, mejor dicho, dos oídos, de primera. ¡Venga, niña!

María adelantó, y con una vocecita no muy desagradable, pero que sonó á celeste armonía en los padres, dijo:

—¡Al trabajo! Mazurca recitada, letra y música de Epifanio Rodríguez. Dedicada al maestro ebanista Vicente García.

Epifanio le advirtió á Sócrates:

—Lo de maestro es otra ideíta mía...

—Se ve tu finura en todo. Muchas gracias, Epifanio.

—No hay de qué darlas. ¡Empieza, niña!

La bandurria y el coro acompañaban muy quedito para que no se perdiera una sílaba de la letra.

—Por fin ha llegado ya,
por fin ha llegado ya,
ha llegado el día de la
Revolución.

¡Y al que no esté con nosotros se le arranca el
[corazón!]

Sócrates, oyendo aquellos despropósitos en boca de su hija, por poco se desmaya.

—¡Qué barbaridad!

Epifanio, entusiasmado con el efecto, le decía:

—Es de lo tuyo, ¿eh...? ¡Venga, venga!

María siguió recitando impasible.

—Y á mí lo mismo me da,

y á mí lo mismo me da,

con tal que se imponga la

Revolución,

¡que sea por la dinamita ó por la degollación!

Sócrates, espantado, repetía:

—¡Qué barbaridad, qué barbaridad...!

Epifanio, esplendoroso con el éxito, le explicaba ahora á Sócrates la idea musical, sin dejar de dirigir el coro.

—¡Con la música ganan una brutalidad las ideas...! Fíjate cómo dan las bandurrias la idea de la degollación...! Es una monada, ¿eh...?

Cuando terminaron los aplausos y las felicitaciones, Cosme le dijo á Epifanio:

—Lo que encuentro mejor, entre lo mucho bueno de la mazurca, es que lo haya usted puesto en boca de la niña...

—Un acierto, ¿verdad usted...?

Sócrates, aprovechando aquel momento en

que Epifanio no los escuchaba, le dijo á Antonia, realmente conmovido:

—¡Nuestra hija cantando esos horrores!

Antonia, recordando que de su padre los aprendiera muy parecidos, no pudo menos de castigarle con decirle:

—¡Acuérdate, Vicente, que de tus labios salieron!

—¡Pero yo no los he dicho jamás en verso!

Y Antonia, haciendo justicia á la poesía, añadió:

—Ni Epifanio tampoco...

En estas, se presentó el señor Jesús.

—¡Gracias al diablo que vengo un día contento!

—¿Le dieron trabajo, verdad?

—Sí. Y á trabajar me puse inmediatamente, pero á los diez minutos vino el dueño á decirme que lo sentía mucho, que yo era un buen oficial, pero que podía traerles trastornos mi presencia...

—¿Y á la calle...?

—¡A la calle! Que siguiera trabajando el medio día y que él me pagaba el jornal entero. ¡Como si á mí se me comprara con diez y seis reales...! ¡Ni con todo el oro del mundo!

Cosme se permitió una observación:

—Mira que es mucho todo el oro del mundo, Jesús...

—Algo hay que exagerar. Ni con la mitad de todo el oro...

Cosme volvió á la carga:

—Mira que aún es mucho la mitad...

—¡Bueno, quiero decir que con diez y seis reales no me compran! Le contesté que estaba muy bien, que me marcharía á las doce, me pagó y se fué tan contento el panoli. Yo me quedé porque al que me la hace se la cobro, y tenía la venganza en mi mano. ¿Tú me despidas...? Bien, pero á ti yo te desacredito hoy. Y dicho y hecho y desacreditado.

—¿Que hiciste...?—le preguntó Sócrates gozando ya con la diablura que su amigo le jugara al maestro—. ¿Alguna de las tuyas...?

—Una cosa de la mar de gracia. Fuí cambiando, sin que se enteraran, todas las cifras, y hoy ha salido la Verdadera Lista Grande—que la tiran en su imprenta—sin que lleve ni un número verdadero de los premiados.

—¿Ni uno...?

—¡Ni uno, Sócrates!

—Antonia, enormemente pálida, no tuvo ánimo para formular ni una queja; Sócrates, tan pálido como Antonia, temblaba nervioso y convulso, pero no dijo palabra...

—¿Que te parece, Sócrates...?

—Bien. Muy bien... Y como no querréis almorzar con nosotros, y es la hora, si os marcharais se agradecería...

—Muy amable no estás... pero en fin, nos iremos.

En tanto que todos se marchaban, María miraba á sus padres, espantada de aquella palidez súbita...

Cosme se aproximó á Sócrates.

—¿Los chicos se casan...?

Sócrates, sin mirarlo y secamente, le contestó:

—Sí.

—¿Por la Iglesia?

—¡No!

—Tú has dicho que...

—¡Que te largues, Cosme!

—¿Y lo de la tabla del armario...?

—¡Vete, Cosme!

Antonia intervino.

—El armario se arreglará hoy. ¿No es así, Vicente?

—¡Sócrates!

Antonia no se arredró:

—¿No es así, Vicente...?

Y recalando mucho el nombre, miró á su marido fijamente. Sócrates bajó la vista.

—Se arreglará...

Antonia continuó implacable:

—Y los chicos se casarán por la Iglesia. ¿No es así, Vicente...?

Sócrates no tuvo valor para responder: inclinó la cabeza en señal de asentimiento nada más.

Cosme, extrañado, miraba á los dos. María, cada instante más temerosa de algo desconocido pero que posaba una garra brutal y visible en la vida de sus padres y quizá en la suya, temblaba sin atreverse á inquirir...

Como el silencio se prolongaba, embarazoso y cohibiendo el espíritu, Antonia quiso terminarlo.

—Ya lo sabe usted, señor Cosme. Vaya usted con Dios.

—Ya lo sé... Buenos días. Y se alejó confuso.

Al quedarse en familia, María no resistió ya más el ansia de averiguar lo que pasaba.

—¿Qué ocurre, madre...?

—Nada. Abraza á tu padre.

Y cuando los vió abrazados, María llorando y Vicente ceñudo y sombrío, les dijo á los dos, aunque parecía únicamente dirigirse á la hija:

—No ocurre nada. Las Ideas, las malditas Ideas, que han tropezado con la realidad y se estrellan y se deshacen...!

Y burlándose de ella misma, como un sangriento despojo de aquella misteriosa y desconocida batalla que se libraba en sus almas, lanzó la última pregunta:

—¿No es así, Sócrates...?

Sócrates recibió el nombre como un golpe de maza en el cráneo.

—Así es, Antonia. Así es, María. Yo os lo digo. Yo, Vicente...

Y al grito de triunfo y de bondad que lanzó Antonia corriendo á refugiarse en los brazos de Vicente y de María, al verse libre de tanta y tan dañina libertad como les predicaban, contestó el jilguero aprisionado en su jaula, muy limpia y muy mona, pero jaula al fin, con un trino poderoso y sostenido, saludando en otros lo que para él no lograba ni lograría jamás...

“LE COQUET”

Peluquería de señoras
12, CALLE DEL DESENGAÑO, 12

Postizos última novedad. Casa especial en tintes para el pelo y lavados de cabeza. Se peinan señoras y se dan lecciones.

Alhajas de ocasión

Compra y venta de toda clase de alhajas, ropas de invierno hechas y en corte, platería, relojería, porcelanas, cuadros, alfombras, tapices, impermeables, gabanes, ropa blanca, paraguas, escopetas é infinidad de artículos de gusto

PEZ, NUMERO 11, TRIPLICADO
(portada roja)

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín y Comp.^ª, Alcalá, 9. Madrid

LEASE BIEN EL PROSPECTO

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.^ª

MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

Colecciones de EL CUENTO SEMANAL

(De los años 1907, 1908, 1909 y 1910)

Se venden en esta Administración al precio de **25 pesetas**, lujosamente encuadernadas

Para todo cuanto se relacione con la publicidad en **El Cuento Semanal**, dirigirse á D. Juan Pérez D. Aragón, Fuencarral, 90, bajo

GRANDES TALLERES DE

ENCUADERNACIÓN DE

JOSÉ YAGÜES

8, NUNCIO, 8

Se hace toda clase de trabajos de encuadernación, libros rayados, etc
Especialidad en encuadernación de revistas ilustradas

IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA

SAN ROQUE, 7.—MADRID

Impresión esmerada.—Revistas de gran lujo.—Libros.—folletos.—Catálogos.—Rotativos.—Maquinaria completa para grandes tiradas

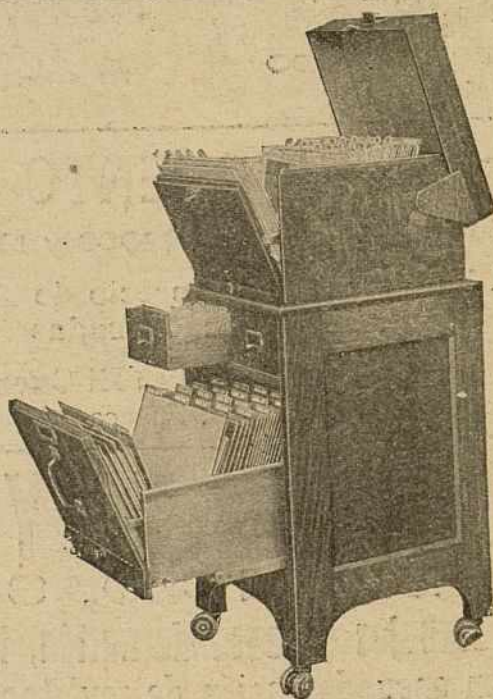
ENCUADERNACIÓN, FOTOGRAFADO, ESTEREOTIPIA

ARCHIVADORES AUTOMATICOS

AMERICANOS

(De la Automatic File Index C.º)

Construidos con cinco hojas de roble y á propósito para todos los climas



Acaba de publicarse el catálogo ilustrado con numerosos grabados de los diversos modelos de muebles para oficinas, carpetas, fichas, etc. Previo envío de 0,30 para certificado, lo remite gratis á cuantos lo soliciten, la

CASA ASIN

Calle de Preciados, núm. 23.-MADRID

IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA, SAN ROQUE, 7.- MADRID

Ayuntamiento de Madrid